

## DOCUMENTO DE MALINAS 2

# ECUMENISMO Y RENOVACIÓN CARISMÁTICA. ORIENTACIONES TEOLÓGICAS Y PASTORALES

Titulo original:

Edición en francés:

*Oecuménisme et Renouveau Charismatique,  
Orientations théologiques et pastorales.*

Edición en inglés:

*Ecumenism and Charismatic Renewal:  
Theological Orientations.*

Servant Books, Ann Arbor, Michigan 48107. U.S.A.

Copyright © 1978 by Leon Joseph Suenens.

Tradujeron al castellano: Ignacio y Rodolfo Puigdollers.

## PREÁMBULO

Este estudio analiza las relaciones entre el Ecumenismo y la Renovación Carismática en una perspectiva católica. Lo he interrumpido varias veces y lo he vuelto a emprender, porque era muy delicado de escribir, no sólo por la eclesiología, sino también por la complejidad de las situaciones ecuménicas en varios países. Tanto en uno como en otro aspecto he querido resaltar los aspectos de carácter universal.

Estas páginas podrían servir como base para dar una enseñanza de profundización en seminarios o sesiones de estudio. Incluyen un sistema de numeración que facilita esta forma de estudio en grupo.

Quisiera dar las gracias al P. Paul Lebeau S.J. por su preciosa colaboración teológica y, con él, a mis amigos, los teólogos de varios países y confesiones que, de palabra o por escrito, han expresado su reacción ante estas páginas.

Asimismo debo expresar mi profunda gratitud a Steve Clark, a Verónica O'Brien y a Ralph Martin: su sensibilidad ecuménica, su experiencia y comprensión de las situaciones concretas me han ayudado a elaborar las orientaciones pastorales de este estudio.

Por último, hago extensivo mi reconocimiento a todos los autores mencionados en estas páginas; su ciencia así como su experiencia ecuménica y carismática me han ayudado a aproximar esas poderosas

corrientes de gracia que el Espíritu Santo está uniendo para renovar hoy su Iglesia.

L. J. Cardenal SUENENS  
Arzobispo de Malinas – Bruselas

## PREFACIO

Estas páginas son continuación del estudio titulado: *Orientaciones teológicas y pastorales sobre la Renovación Carismática Católica* (1974) conocido con el nombre de "Documento de Malinas".

He aquí pues el segundo documento de la serie. Su finalidad es mostrar cuál es la aportación específica que la Renovación Carismática puede proporcionar al movimiento ecuménico, que tiende a reunir de nuevo a los cristianos divididos.

Puesto que es importante tener una comprensión clara y exacta de lo que es la contribución específica de la Renovación, empezaré por recordar brevemente cuál es el alcance y la finalidad del movimiento ecuménico como tal. A continuación trataré de explicar cómo la Renovación Carismática, por su parte y en su propia línea, puede ayudar a promover el movimiento ecuménico.

De aquí surge la primera pregunta: ¿Qué es la corriente ecuménica?

En pocas palabras, yo contestaría que es la confluencia de los esfuerzos convergentes de cristianos que, bajo el impulso del Espíritu, desean restaurar la unidad visible de la Iglesia de Jesucristo.

Esta respuesta suscita toda una serie de preguntas:

- ¿Qué entendemos por "unidad" que hay que "restaurar"?
- ¿Qué entendemos por unidad "visible"?
- ¿Qué entendemos por "la Iglesia de Jesucristo"?

La convergencia de tales esfuerzos dependerá de la respuesta que demos a cada una de estas preguntas. Pero el Ecumenismo no es tan sólo un ideal que deban definir claramente y perseguir, contra viento y marea, algunos cristianos aislados, que se sienten responsables de este proyecto: es un imperativo para cada cristiano en virtud del bautismo común a todos los seguidores del Evangelio. El deber de la unión tiene hoy una nueva urgencia por causa del estado de angustia moral y descristianización del mundo. Esto también se debe expresar claramente.

Del Ecumenismo pasaré a hablar de la corriente carismática para hacer ver cómo, a su nivel, puede contribuir a acercar a los cristianos de diferentes confesiones, ofreciéndoles un lugar de encuentro ecuménico privilegiado: "la Comunión en el Espíritu Santo", una comunión que les abre a Dios y a sus hermanos.

Sin embargo, no basta evocar una misma experiencia común, una misma adhesión al Espíritu: si nuestro ecumenismo ha de ser sincero y profundo, también tenemos que comprender lo que significan tales expresiones.

Una vez esto haya sido aclarado, estaremos en la mejor disposición para poder hablar de la inmensa esperanza de unidad entre cristianos que encierra en sí el ecumenismo espiritual y al que la Renovación Carismática puede aportar un nuevo flujo de vida.

El centrarse en el ecumenismo espiritual no significa pasar por alto la importancia de la acción ecuménica en otros sectores, como el social, el económico o el político. Sino que parece que la Providencia asigna a la Renovación Carismática un papel específico lleno de promesas para el futuro, haciéndola instrumento de fraternales y profundos encuentros entre cristianos que se unen "perseverantes y unánimes" en oración - oración cuyo prototipo fue la del Cenáculo en Jerusalén en la vigilia de Pentecostés.

Después, entrando en el terreno de la vida concreta de cada día, trazaremos un "modus vivendi", lo más adaptado posible a la complejidad y variedad de situaciones: y esto, con vistas a prevenir todo lo que pudiera poner dificultades al acercamiento de los espíritus y de los corazones, garantizando al máximo el respeto mutuo.

Como conclusión, invito a todos los cristianos -empezando por nosotros los católicos- a la conversión que todos necesitamos para ser fieles a la voluntad de Dios sobre la unidad de su Iglesia, así como para responder a las esperanzas, conscientes o latentes, de aquellos que entre nosotros y a través nuestro buscan reconocer el rostro de su único y común Salvador: nuestro Señor Jesucristo.

Este estudio va dirigido en primer lugar a los católicos que desean respetar la doctrina de la Iglesia y vivir sus aplicaciones. Su intención es de paz, no de polémica ni de discusión. Espero que sea leído atentamente y que ofrezca material de estudio a los grupos, seminarios, y congresos de la Renovación.

Espero que posteriormente otros escritores sigan analizando y desarrollando su contenido, de forma que se profundicen más sus principios y se extiendan sus aplicaciones. El Ecumenismo sólo es viable en un clima de respeto mutuo; a cada uno de nosotros nos pide que sepamos reconocer la identidad personal de nuestros compañeros. Su ley suprema sigue siendo la misma que formuló mi ilustre predecesor, el Cardenal Mercier, que con ocasión de las célebres "Conversaciones de Malinas", que iniciaron el diálogo ecuménico entre Roma y la Iglesia Anglicana (1921-1926), escribió:

- Tenemos que encontrarnos para conocernos,
- conocernos para amarnos,
- amarnos para unirnos.

# 1 LA CORRIENTE ECUMÉNICA

## A. HISTORIA Y ACTUALIDAD

### 1. Dos movimientos del Espíritu Santo

1. Todo cristiano tiene el deber de escuchar atentamente "lo que el Espíritu dice a las Iglesias".

En cada época, el Espíritu habla a los suyos con invitaciones y acentos diferentes, que todos tienden a hacernos vivir el Evangelio "en Espíritu y verdad".

Demasiado absorbidos por los acontecimientos del día, resulta difícil oír los murmullos del Espíritu, porque Él nos habla en voz baja y es preciso prestar mucha atención para escucharle. Naturalmente nosotros no sintonizamos con su longitud de onda.

En la hora actual, percibimos algo así como un doble llamamiento, una doble corriente de gracias. Son otras tantas interpelaciones del Espíritu:

- La corriente ecuménica recuerda a los cristianos de cualquier obediencia que la Iglesia debe ser una, tanto para ser fiel a su mismo ser: "Sed uno como mi Padre y yo somos uno"; como para ser creída: "Para que el mundo sepa que Tú me has enviado" (Jn 17,21).

- En forma paralela otra corriente, más reciente, atraviesa las Iglesias: la corriente carismática. Ella recuerda a los cristianos que el Espíritu es el soplo vital de su Iglesia, que su presencia activa y poderosa está siempre operante en la medida en que nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra audacia le permitan obrar.

### 2. La corriente ecuménica.

2. Como sabemos, el ecumenismo recibió un nuevo impulso en 1910, en el Congreso de Edimburgo, Escocia, bajo el estímulo de pastores misioneros protestantes que sentían la angustia de llevar a los países de misión un Evangelio controvertido y de exponer públicamente nuestras querellas y divisiones allí donde hubiera sido necesario conjugar todas las fuerzas cristianas para anunciar conjuntamente a Jesucristo. El teólogo reformado Lukas Vischer, secretario ejecutivo de la Comisión "Fe y Constitución" del Consejo Ecuménico de las Iglesias, ha dicho muy justamente: "La Iglesia dividida presenta al mundo un Evangelio contradictorio"

No vamos a hacer aquí la historia de los esfuerzos desplegados con vistas a hacer cesar el escándalo de la división y promover la unidad visible de los cristianos. Desde Edimburgo, el movimiento de acercamiento ha

progresado por etapas importantes: Amsterdam (1948), Evaston (1954), New Dehli (1961), Upsala (1968), Nairobi (1975).

Como resultado de este esfuerzo, el movimiento hacia la unidad visible tiene ya un Consejo Mundial (Ámsterdam, 1948), una carta y una definición. Es importante hacer notar que el Consejo Ecuménico de las Iglesias de ningún modo pretende ser una súper-Iglesia a escala mundial. La definición adoptada en New Delhi fue como sigue:

"El Consejo Ecuménico es una unión fraternal de Iglesias que reconocen al Señor Jesucristo como Dios y Salvador según las Escrituras, y que se esfuerzan en responder conjuntamente a su vocación común para la gloria del Dios único, Padre, Hijo y Espíritu Santo."

El Consejo aspira a reunir a todos los cristianos en la triple vocación que les es común: vocación de testimonio (*martyria*), de unidad (*koinonia*), y de servicio (*diaconia*).

Al propio tiempo, el mismo deseo de unidad se ha manifestado entre otros Cristianos que no son miembros del Consejo Ecuménico de las Iglesias. La Comunión Evangélica Mundial, y varias asociaciones nacionales de evangélicos, son el testimonio del mismo movimiento del Espíritu entre los evangélicos, muchos de los cuales no pertenecen a las Iglesias que están en el Consejo Ecuménico.

La reciente Conferencia de Lausana fue un testimonio particularmente poderoso del deseo de los cristianos de conseguir una unidad más sincera para una misión efectiva.

### **3. El Ecumenismo y Roma**

3. La Iglesia Católica Romana, en un principio reservada y reticente por temor a un relativismo dogmático, poco a poco acabó por entrar en la corriente ecuménica.

Todos sabemos el papel representado por los precursores: el P. Portal, los cardenales Mercier y Bea, y los teólogos que rompieron brecha: Dom Lambert Beauduin, Yves Congar, por no mencionar más que algunos.

Los que dieron un impulso decisivo fueron el Papa Juan XXIII y el Concilio Vaticano II, cuyos textos sobre la Constitución de la Iglesia (*Lumen Gentium*) y sobre el Ecumenismo (*Unitatis redintegratio*) forman la carta eclesiológica que ningún fiel católico puede ignorar.

Juan XXIII creó un clima nuevo desde su primer encuentro con los observadores de otras Iglesias, que habían sido invitados por él al Concilio. Con una franqueza y sinceridad que le ganaron los corazones desde el primer momento, les dijo: "Aquí no tratamos de hacer el proceso del pasado, no deseamos probar quién tenía la razón y quién no la tenía. Todo lo que queremos decir es eso: Reunámonos de nuevo y pongamos fin a nuestras divisiones".

El Vaticano II hizo ver claramente que "el Espíritu sopla donde quiere" y reconoció la riqueza de su presencia en las Iglesias o comunidades cristianas fuera de su seno.

"Es necesario -declara el Concilio- que los católicos reconozcan y aprecien con alegría los valores realmente cristianos que tienen su origen en el patrimonio común y que encontramos entre nuestros hermanos separados. Es justo y saludable reconocer las riquezas de Cristo y su poder operativo en la vida de aquellos que dan testimonio por Cristo, llegando a veces incluso hasta el derramamiento de su sangre: porque Dios es siempre admirable y debe ser siempre admirado en sus obras. Es necesario asimismo no olvidar que todo lo que se opera por la gracia del Espíritu Santo en nuestros hermanos separados puede contribuir a nuestra edificación. Nada de lo que es realmente cristiano se opone nunca a los verdaderos valores de la fe, sino que, por el contrario, puede contribuir a acercarnos aún con mayor perfección al misterio de Cristo y de la Iglesia" (*Decreto sobre el Ecumenismo*, nº 4).

#### **4. Conexión y convergencia**

4. Durante este mismo período histórico - es decir, a partir de 1900 - se ha visto surgir en la Iglesia otra corriente espiritual importante, conocida bajo el nombre global de "pentecostalismo", aunque se presenta con diferentes ramificaciones: En el capítulo siguiente nos referimos brevemente a su historia y alcance, sin tratar de hacer un estudio exhaustivo sino solamente para situar a la Renovación Carismática en la perspectiva ecuménica.

Nosotros, los católicos, debemos reconocer que nuestra apertura "ecuménica" ha sido lenta y que nuestra apertura "carismática", que por otra parte todavía no ha sido plenamente lograda, también ha venido "de afuera" de nuestras filas.

Creemos que la Renovación Carismática está llamada a realizar una vocación ecuménica, pero asimismo creemos que el ecumenismo encontrará en aquélla una gracia de profundización espiritual y, en caso de necesidad, un complemento o un correctivo.

Sentimos que el Espíritu Santo nos invita a comprender el vínculo profundo que une las dos corrientes, como si fueran dos brazos de un mismo río que nacen de una misma fuente, y riegan las mismas riberas, para dirigirse hacia el mismo mar.

Es normal que la acción multiforme del Espíritu no se manifieste al principio en toda su profunda simplicidad. Retrocediendo en el tiempo nos damos cuenta que la corriente ecuménica y la corriente carismática, consideradas en sus aguas profundas, se refuerzan mutuamente y que en realidad se trata de una misma acción, de un mismo impulso de Dios, de

una misma lógica interior. La Iglesia no puede estar plenamente "en estado de misión" sin estar "en estado de unidad", y no puede estar en estado de unidad si no está "en estado de renovación". Misión evangélica, ecumenismo, renovación en el Espíritu, todo ello es una sola cosa, y solamente los ángulos de visión son diferentes.

En pura lógica, y como condición previa, la renovación espiritual debería preceder al ecumenismo. Ésta fue la intuición de Juan XXIII, al convocar el Concilio.

En lógica de vida, el Espíritu Santo opera simultáneamente de muchas maneras. Esto nos invita a comprender mejor la conexión vital entre ecumenismo y renovación. Se ha dicho con mucha razón que el ecumenismo es el movimiento de los cristianos hacia la unidad por medio de la misión y de la renovación espiritual. Comentando esta afirmación, escribe el Padre J. G. Hernando, del Secretariado Español para los Asuntos Ecuménicos:

"Las prioridades son: renovación, unidad cristiana, misión. Evidentemente se trata de una actividad simultánea con una relación causal más bien que de momentos cronológicamente distintos. No esperamos a haber terminado la renovación para trabajar por la unidad. A la vez que trabajamos en renovarnos, trabajamos en unirnos. Y mientras hacemos esto, debemos al mismo tiempo colaborar en la misión. Se trata de labores que hemos de realizar simultáneamente, si bien es cierto que la eficacia de la misión dependerá de la unidad que antes se haya obtenido, y esta última, de la renovación eclesial previamente lograda. Todo esto quiere decir que las prioridades antes señaladas dependen unas de otras. Pero no dejan de ser prioridades"<sup>1</sup>

## 5. La urgencia ecuménica

5. a "**Cristianizar a los cristianos**". Esta urgencia salta la vista si echamos una mirada al estado de cristianización del mundo cristiano. Sin recurrir a las estadísticas ni a la sociología, basta que nos hagamos esta pregunta:

"¿Estamos nosotros, los cristianos, verdaderamente cristianizados? Esta interpelación nos obliga a todos a unir nuestros esfuerzos para convertirnos cada día más en auténticos discípulo del Señor. En un libro que causó sensación (*Le christianisme va-t-il mourir?*) el profesor Delumeau, profesor de Historia en la Sorbona, se plantea esta pregunta: "¿Hemos sido nosotros verdaderamente cristianizados?". La Historia, que este autor recorre a vista de pájaro, se nos muestra repleta de enseñanzas

---

<sup>1</sup> JULIÁN GARCÍA HERNANDO, *Renouveau Charismatique et Oecuménisme*, en "Unité Chrétienne", N° 48, Nov. 1977, p. 53.

sobre el particular. En los primeros tiempos hubo una verdadera evangelización de adultos; posteriormente se inició una era en la que se bautizaba ya en la infancia. La sociedad pasó a ser cristiana de nombre, cristiana sociológicamente. A partir de entonces la cristianización se consideró como algo ya definitivamente conseguido, y fue sostenida por todo el contexto social y transmitida por vía hereditaria. Delumeau tiene razón para formular su pregunta. Nosotros hemos sido, en efecto, sacramentalizados. Pero que hayamos sido evangelizados, cristianizados como adultos responsables, es otra cuestión completamente diferente.

**6. b. Llevar juntos el evangelio al mundo.** La misma urgencia advertimos también cuando se trata de realizar "hacia afuera" nuestro deber de evangelización. Este deber nos interpela a todos, si queremos obedecer al Señor, que pide a los suyos nada menos que llevar el Evangelio a toda criatura.

En la magnífica exhortación apostólica sobre la evangelización -fruto del trabajo colectivo del Sínodo de 1974- Pablo VI escribe:

"La fuerza de la evangelización se verá muy disminuida si los que anuncian el Evangelio están divididos entre sí por toda clase de rupturas. ¿No será tal vez ésta una de las grandes debilidades de la evangelización en nuestros días? En efecto, si el Evangelio que proclamamos aparece desgarrado por querellas doctrinales, por polarizaciones ideológicas o por condenas recíprocas entre cristianos, en consonancia con sus diferentes visiones de Cristo y de la Iglesia e incluso a causa de sus diversas concepciones de la sociedad y de las instituciones humanas, ¿cómo no se sentirán perturbados o desorientados, cuando no escandalizados, aquellos a los que se dirige nuestra predicación? El testamento espiritual del Señor nos dice que la unidad entre sus discípulos no es sólo la prueba de que somos suyos, sino la prueba también de que Él es el enviado del Padre, "test" de credibilidad de los cristianos y del mismo Cristo. Como evangelizadores, debemos ofrecer a todos no ya la imagen de hombres divididos y separados por querellas nada edificantes, sino la imagen de personas maduras en la fe, capaces de encontrarse por encima de las tensiones reales, gracias a la búsqueda común, sincera y desinteresada de la verdad. Sí, la suerte de la evangelización va unida al testimonio de unidad dado por la Iglesia. Esto es motivo de responsabilidad pero también de consuelo".

**7. c. Juntos hacer frente a la angustia del mundo.** Este mismo imperativo de unión se nos impone, en este final del siglo XX, precisamente por el estado de un mundo que por tantos conceptos anda a la deriva, a pesar de algunos progresos indiscutibles. Cuántas injusticias,



cuántos actos inhumanos a nuestro alrededor y cuántas amenazas apocalípticas pesan sobre el futuro y la supervivencia del mundo.

Estamos en camino de deshumanizar al hombre, por no darle una razón de vivir con referencia al Absoluto. La sociedad se muestra desquiciada en su pensamiento y en su proceder, presa de un relajamiento moral sin precedentes, tanto más peligroso cuanto que las conciencias están como anestesiadas e incapaces de reacción. Hoy más que nunca necesitamos un cristianismo vigoroso y fuerte, apoyado en el poder del Espíritu. Solamente una fe bien arraigada es capaz de levantar una losa sepulcral "en virtud de la Resurrección —de Jesucristo.

En la importante alocución que dirigió al Sacro Colegio, con ocasión de la Navidad de 1977, el Papa dejó oír esta sobrecogedora voz de alarma:

"Sombras oscuras se interponen en el destino de la Humanidad: la ciega violencia; las amenazas contra la vida humana desde el mismo seno materno; el terrorismo cruel que acumula odios y ruinas con el utópico designio de reconstruir de nuevo sobre las cenizas de una destrucción total; el recrudecimiento de la delincuencia; las discriminaciones y las injusticias a escala internacional; la privación de la libertad religiosa; la ideología del odio; la apología desenfadada de los instintos más bajos por la pornografía de los medios de comunicación social que, tras la capa de pseudo-objetivos culturales esconde una envilecedora sed de dinero y una desvergonzada explotación de la persona humana; las constantes seducciones y amenazas contra la infancia y la juventud que minan y esterilizan las frescas energías creadoras de su inteligencia y de su corazón: todo eso indica que la estima de los valores humanos ha descendido peligrosamente, víctima de la acción oculta y organizada del vicio y del odio."<sup>2</sup>

## **B. EL OBJETIVO ECUMÉNICO**

Para viajar juntos es preciso saber a dónde nos dirigimos. En este caso, es preciso definir, con toda claridad, la unidad visible de la Iglesia de Jesucristo, hacia la cual deseamos encaminarnos juntos.

Para ello debemos contestar estas tres preguntas:

- ¿qué se debe entender por unidad eclesial a restaurar?
- ¿qué se debe entender por unidad visible?
- ¿qué se debe entender por Iglesia de Jesucristo?

### **1. ¿Qué se debe entender por unidad?**

---

<sup>2</sup> *La Documentation Catholique*, 15 Enero 1978, p. 54 (*L'Osservatore Romano*, 23 diciembre 1977).

8. a. **Unidad y no uniformidad.** Desde un principio importa distinguir unidad "dogmática" y unidad "histórica". La primera se asienta en la fe, la segunda en los condicionamientos históricos de una época. No resulta fácil separar a la unidad "en estado puro" de sus envolturas accidentales. Nuestros apologistas católicos tenían antiguamente la costumbre de exaltar como signos de la unidad de la Iglesia elementos que no eran inherentes a su naturaleza. No debe confundirse unidad esencial con uniformidad.<sup>3</sup>

Después del Vaticano II, la distinción es ya clásica. Un célebre memorando de Dom Lambert Beauduin, leído por el cardenal Mercier en las Conversaciones de Malinas, llevaba este título, que en aquel tiempo resultaba atrevido: "Iglesia unida, no absorbida". En nuestros días, el cardenal Willebrands ha hecho alusión más de una vez a este texto que el mismo Papa Pablo VI evocó en su discurso de bienvenida al arzobispo de Canterbury, Dr. Coggan, en abril de 1977.<sup>4</sup>

En la perspectiva de una restauración de la unidad visible, se reserva un lugar importante al pluralismo en lo no esencial.

A este respecto y entre tantas otras declaraciones significativas ¿quien no recuerda la alocución que pronunció Pablo VI en el Simposio de obispos de África, el 27 de julio de 1969?

"Vuestra Iglesia", precisaba el Papa, "debe fundarse íntegramente sobre el patrimonio idéntico, esencial, constitucional de la misma doctrina de Cristo, profesada por la tradición auténtica y autorizada de la única y verdadera Iglesia. Esto es una exigencia fundamental e indiscutible... Nosotros no somos los inventores de nuestra fe, somos sus guardianes...

Pero la expresión, es decir, el lenguaje, la manera de manifestar la única fe, puede ser múltiple y por consiguiente original, conforme a la lengua, el estilo, el temperamento, el genio, la cultura de quien profesa esta única fe. Bajo este aspecto, un pluralismo es legítimo, incluso deseable. Una adaptación de la vida cristiana en el campo pastoral, ritual, didáctico y también espiritual, no solamente es posible sino alentada por la Iglesia... Será necesaria una incubación del "misterio" cristiano en el genio de vuestro pueblo, para que su voz original, más límpida y sincera, se eleve después armoniosamente en el coro de las otras voces de la Iglesia universal."<sup>5</sup>

Es lo que el *Decreto sobre el ecumenismo* expresaba ya en los siguientes términos:

---

<sup>3</sup> El distinguido teólogo anglicano de Oxford, JOHN MACQUARRIE ha consagrado un libro reciente a demostrar que diversidad no es sinónimo de división. Su título es *Christian Unity and Christian Diversity*, Ed. Westminster Press, Philadelphia 1975, U.S.A.

<sup>4</sup> *Doc. Cath.*, 15 de mayo 1977, p. 457 (*L'Osservatore Romano*, 29 abril 1977).

<sup>5</sup> *Doc. Cath.*, 7 septiembre 1969, p. 765 (*L'Osservatore Romano*, 28 julio 1969).

"Conservando la unidad en lo que es necesario, todos en la Iglesia, cada uno según las funciones que se le haya asignado, observen la debida libertad, tanto en las diversas formas de vida espiritual y de disciplina como en la diversidad de ritos litúrgicos, e incluso en la elaboración teológica de la verdad revelada; y que en todo se practique la caridad" (n° 4).

**9. b. La unidad que se debe "restaurar".** Otra pregunta se plantea: ¿Qué queremos decir exactamente cuando hablamos de unidad eclesial, "que hay que restablecer", "que hay que restaurar"?

Aquí también debemos distinguir cuidadosamente entre la perspectiva de fe, por una parte, y la perspectiva sociológica, por otra; esta última considera a la Iglesia exclusivamente como un fenómeno histórico.

Solamente la fe nos permite descubrir el "misterio de la Iglesia". De esta Iglesia es de la que habla el Credo cuando dice: "Creo en la Iglesia una, santa, católica y apostólica".

La Iglesia de la fe es la heredera de la promesa de Jesucristo: "Estaré con vosotros cada día hasta el fin de los siglos". Ella permanece animada por el Espíritu que continúa siéndole indisolublemente fiel para conducirla a la plenitud de la verdad.

Desde el primer capítulo de su Constitución *Lumen Gentium*, el Vaticano II tuvo cuidado de definir a la Iglesia como misterio, antes de describir los demás aspectos que se derivan de su esencia. Nunca debe perderse de vista este orden de los capítulos, tal como muy oportunamente recordaba Mons. Quinn, actual Presidente de la Conferencia de obispos de los Estados Unidos:

"Es importante hacer notar que el Concilio Vaticano II no empezó su exposición sobre la Iglesia con el pueblo de Dios, tal como por error se afirma frecuentemente. El Concilio empezó a estudiar a la Iglesia como misterio. La Iglesia como misterio de Dios es el sostén de todo el magisterio del Concilio. Es una realidad oculta en Dios, manifestada en Jesucristo y ampliamente difundida por el poder del Espíritu Santo."<sup>6</sup>

Debemos por tanto abstenernos de usar un lenguaje que pudiera hacer creer que la Iglesia de hoy debe restaurarse como un viejo castillo cuyas paredes sé tambalean, como si la Iglesia hubiera sido abandonada por el Espíritu, o como si su misma "unidad" no fuera un atributo de origen, inherente a su constitución.

La unidad, así como la santidad, de la Iglesia no se han de entender situadas al final de nuestros esfuerzos: se trata de dones de Cristo otorgados desde un principio a su Iglesia.

---

<sup>6</sup> Arzobispo JOHN QUINN. *Characteristics of the Pastoral Planner*, en "Origins", 1 Enero 1976, vol. 3, N° 28, p. 439.

Así como la santidad de la Iglesia no es la suma de las santidades acumuladas de sus miembros, así tampoco la unidad de la Iglesia es un ideal remoto a conseguir, ni una unidad que deba hacerse o rehacerse por nosotros, sino una unidad que es don de Dios, y que nos impone su lógica y sus exigencias.

El ecumenismo estaría condenado al fracaso -sobre este punto la Iglesia Ortodoxa está de acuerdo con la Iglesia Católica- si olvidara estas verdades eclesiales de base y tratara de presentarse como un esfuerzo combinado para crear una Iglesia del futuro.

Mons. Philips, el principal redactor de la *Lumen Gentium*, hablando de la unidad de la Iglesia escribe en su comentario:

"Su unidad (la de la Iglesia) debe por tanto comprenderse también en un sentido dinámico: es una tuerza que emana del Espíritu Santo infundido en la Iglesia. Si Cristo es uno, su Iglesia debe ser una, y cada día debe serlo más: he aquí en germen todo el ecumenismo".<sup>7</sup>

La unidad es al mismo tiempo un don y una tarea, una realidad poseída y una realidad por conseguir. Los esfuerzos para recomponer la unidad se sitúan en el plano de la visibilidad y de la historia y no en lo íntimo de su misterio.

**10. c. La unidad fundamental.** Como decíamos, la unidad de la Iglesia es compatible con un pluralismo en el campo litúrgico, canónico y espiritual. Pero en cambio requiere, sin compromiso posible, una unidad fundamental en la fe. No decimos en la teología, puesto que la Iglesia acepta una pluralidad de teologías, siempre que quede a salvo la fe. Es por tanto importante deslindar bien lo que constituye lo esencial de la fe.

El Cardenal Ratzinger escribía con mucha razón que "el ecumenismo sólo tiene consistencia si concede plena importancia a la obligación de compartir en la Iglesia una fe común".

A continuación, en las mismas líneas está la siguiente declaración de *Theological Renewal*, una revista Protestante para carismáticos: "Una unidad basada en la experiencia a expensas de la doctrina sería bastante menos que la unidad que contempla el Nuevo Testamento, y, en último término, resultaría peligrosa".<sup>8</sup>

Pero es precisamente con respecto a esta unidad de fe necesaria que puede darse una ambigüedad peligrosa. Fácilmente podemos caer en la tentación de deslindar lo que reputamos "esencial" de la fe, situando nuestras divisiones y las verdades controvertidas en el terreno de lo

---

<sup>7</sup> Mons. YHILY5, *L'Eglise et son mystère au deuxième Concile du Vatican*, Desclée de Brouwer, 1967, t.I. comentario al n° 8 de *Lumen Gentium*

<sup>8</sup> J. RATZINGER, *The future of Ecumenism*, p. 204, y *Theological Renewal*. N° 68, Abril-Mayo 1977.

secundario y de lo accidental. Es imposible establecer semejante ecuación, como si "fundamental" equivaliera a "lo que es común".

No existe un cristianismo "genérico", algo así como un residuo de diferencias que sólo serían variantes accesorias. Cristo fundó una sola Iglesia, con todo lo que ella comporta. Nuestras divisiones, que siguen siendo un escándalo, no nos autorizan a definir lo esencial y lo accesorio en función de los cambiantes accidentes de la historia. Habrá que recordar esta exigencia en el capítulo que trata de las directrices pastorales.

Constituiría la negación del auténtico ecumenismo el que los cristianos sólo pudieran llegar a reunirse sobre la base del más reducido común denominador. Ello podría incluso llegar a desembocar en un cristianismo sin Iglesia, y hasta sin bautismo, o en una súper-Iglesia sin fundamento.

Es necesario que la vía de acceso a la unidad permanezca bien despejada, si se quiere que cada uno lleve a cabo las experiencias de acercamiento, sin confusión doctrinal y guardando las necesarias fidelidades.

"La primera ley del ecumenismo es respetar la fe sincera del otro: en realidad la estamos ya ofendiendo cuando clasificamos como accesorio todo lo que nos divide, sin hacer las v necesarias distinciones.

Declarar, por ejemplo, "fundamental":

- un cristianismo que acepta a Cristo pero no a la Iglesia,
- la Palabra de Dios pero no la Tradición viva, que la sostiene y sirve de vehículo, a la vez que se somete a ella,
- los carismas del Espíritu pero no la estructura ministerial y sacramental de la Iglesia, es pedir, ya de entrada, al católico, que reniegue a los puntos esenciales de su fe y conducir el diálogo ecuménico a un callejón sin salida.

**11. d. Jerarquía de las verdades.** Todo eso no contradice, de ninguna manera el hecho de que todas las verdades no son igualmente ciertas. El Concilio Vaticano II habló con mucha razón de una "jerarquía de verdades".

"En el diálogo ecuménico -se dijo allí- los teólogos católicos, fieles a la doctrina de la Iglesia, al tratar con los hermanos separados de investigar los divinos misterios, deben proceder con amor a la verdad, con caridad y con humildad. Al confrontar las doctrinas no olviden que hay un orden o "jerarquía" de las verdades en la doctrina católica, por ser diversa su conexión con el fundamento de la fe cristiana. De esta forma se preparará el camino por donde todos se estimulen a proseguir con esta fraterna emulación hacia un conocimiento más profundo y una exposición más clara

de las incalculables riquezas de Cristo" (*Decreto sobre el Ecumenismo*, n° 11).

Queda aquí una puerta abierta para el acercamiento. A condición de que comprendamos exactamente lo que significa "jerarquía de verdades"

En el contenido de la Revelación no hay verdades más o menos reveladas; y todo lo que Dios nos comunica merece ser igualmente creído.

Todas las verdades deben ser creídas con la misma fe, pero no todas ellas ocupan el mismo lugar en el misterio de la salvación. Están más o menos íntimamente y más o menos directamente referidas a Cristo y, a través de Él, al misterio trinitario. Algunas verdades conciernen a la misma substancia de la vida cristiana, mientras otras pertenecen al orden de los medios para alcanzar este fin. Finalmente, hay una jerarquía de verdades en lo abstracto, tal como pueden establecerla los teólogos, y una jerarquía concreta tal como la viven los cristianos corrientes. Los dos procesos no son idénticos. Es una cuestión que los teólogos deben profundizar más, pero que nos ofrece una pista ecuménica que interesa seguir.

En lo que nos concierne, es importante hacer notar que la Iglesia, como institución animada por el Espíritu, es uno de los misterios fundamentales del cristianismo. No se la puede considerar por tanto como una superestructura y clasificarla como de categoría secundaria, aún cuando el pecado de los hombres oscurezca su valor de signo. La Iglesia está en el centro de las enseñanzas del Nuevo Testamento, por el solo hecho de que Cristo continúa su vida en ella por su Espíritu.

El ministerio eclesial no es tampoco una especie de armazón; no corresponde únicamente a una necesidad de orden funcional: en sus rasgos fundamentales pertenece a la esencia de la Iglesia y por ello no puede hacerse a un lado para ceder su lugar a un liderazgo carismático, por muy valioso que éste fuera. Este ministerio eclesial es un ministerio de presidencia y de unidad, fundado sobre una ordenación sacramental que estructura desde dentro a la comunidad. Su misión inalienable es hacer converger los carismas para edificar la Iglesia y hacer de ella una comunión en el Espíritu Santo.

**14. e. ¿Es verdad que la doctrina separa y que la acción une?**  
Hubo un tiempo que en los medios ecuménicos se repetía con agrado el estribillo según el cual "la doctrina separa mientras que la acción une". De la anterior afirmación sacaban la conclusión de que era necesario dejar de lado las cuestiones doctrinales y contentarse con aspirar a una colaboración en el terreno práctico.

En un importante informe al Comité General del Consejo Ecuménico, el pastor Lukas Vischer acaba de afirmar sin rodeos que es preciso prevenirse contra este género de simplismo, y escribe así:

"Recientemente, esta consigna (*la doctrina separa, la acción une*) ha experimentado con frecuencia una inversión. Habiendo demostrado la experiencia que la acción conduce a las Iglesias a nuevas formas de división, se ha llegado a la afirmación algo sorprendente de que es la doctrina lo que une y la acción lo que separa. Pero estos dos slogans, ¿no son, en realidad, tan erróneos el uno como el otro? ¿No descansan ambos sobre una extraña separación entre fe y acción? ¿El error contenido en el primer slogan, no es, a fin de cuentas, el mismo que aparece en forma invertida en el otro? En el fondo, también en la acción es la fe lo que está en juego. y en el origen de las diferentes opciones de acción en el mundo se encuentran diferentes teologías, cristologías, y pneumatologías. Tanto hoy como ayer, las Iglesias están llamadas a encontrar los medios de confirmarse mutuamente en la común fe apostólica. Alguna forma de consenso es necesaria. Los conflictos que hoy en día rodean la acción de la Iglesia, lejos de hacer superfluo el consenso, lo hacen aparecer más urgente que nunca."<sup>9</sup>

## 2. ¿Por qué es necesaria una unidad visible?

13. **a. Unidad invisible y visible.** Ante la dificultad de unir a la Iglesia, más de una vez se ha intentado recurrir a la unión puramente espiritual de los cristianos por encima de las demarcaciones confesionales. Esto es desconocer la verdadera naturaleza de la Iglesia. El Vaticano II, en la *Lumen Gentium*, ha subrayado fuertemente el lazo entre los dos aspectos, visible y espiritual, de la misma Iglesia, con estas palabras:

"Cristo, Mediador único, estableció su iglesia santa, comunidad de fe, de esperanza y de caridad en este mundo con una trabazón visible y la mantiene constantemente, por la cual comunica a todos la verdad y la gracia. Pero la sociedad dotada de órganos jerárquicos, y el Cuerpo místico de Cristo, reunión visible y comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia dotada de bienes celestiales, no han de considerarse como dos cosas, porque forman una realidad compleja, constituida por un elemento humano y otro divino: Por esta profunda analogía se elimina al Misterio del Verbo encarnado. Pues como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como órgano de salvación a Él indisolublemente unido de forma semejante la unión social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo, que la vivifica, para el incremento del cuerpo (Cf. *Ef* 4,16).

"Ésta es la única Iglesia de Cristo, que en el Símbolo confesamos una, santa, católica y apostólica." (*Lumen Gentium*, n° 8).

---

<sup>9</sup> *Doc. Cath.*, 15 Enero 1978, p. 65. Informe de LUKAS VISCHER con el título: *Baptême, Eucharistie, Ministère, où en sommes-nous sur la voie du consensus?*.

14. **b. La institución y el acontecimiento.** En la visión cristiana de la salvación, la oposición entre Espíritu e institución, entre inspiración y estructura, es inaceptable y donde quiera que se manifieste (lo que a veces ocurre) debe ser superada:

Como ha señalado certeramente un teólogo suizo, de tradición reformada, el profesor Jean-Louis Leuba, de Neuchtel<sup>10</sup>, el acontecimiento de la salvación toma cuerpo en una institución histórica, que es su memoria, da testimonio de él y es su signo en el corazón del mundo y de la historia.

E inversamente, la institución debe permanecer abierta al acontecimiento del Espíritu, que es el único que puede volverla fecunda y significativa. La Iglesia es la comunidad en la que el Espíritu Santo obra a la vez por medio de los carismas institucionales constantes y por medio de los dones del Espíritu, ordinarios y extraordinarios, que manifiestan su presencia y su poder.

En una palabra, el Espíritu siempre se nos da para reunificar y purificar sin cesar las estructuras institucionales que aseguran la cohesión y el crecimiento del Cuerpo de Cristo en este mundo, para hacerlas cada vez más transparentes al misterio que deben manifestar.

### 3. ¿Qué se debe entender por "Iglesia de Jesucristo"?

15. Antes del Vaticano II, los teólogos católicos acostumbraban a identificar Iglesia de Jesucristo, Cuerpo Místico de Cristo, con Iglesia Católica Romana, y esta identificación era frecuentemente presentada como absoluta, exclusiva. Se trataba de un endurecimiento doctrinal como consecuencia de la lucha contra los que disociaban erróneamente Iglesia jurídica e Iglesia de la caridad, Iglesia-institución e Iglesia de la libertad espiritual.

A partir del Vaticano II, bajo la influencia del movimiento ecuménico y gracias a un entendimiento más matizado del misterio de la Iglesia, la posición católica puede resumirse en estas palabras tomadas de la *Lumen Gentium*, n° 8:

"Esta Iglesia (de Jesucristo), constituida y ordenada en este mundo como una sociedad, permanece en la Iglesia Católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él".

La introducción del permanece en puede ilustrar mucho a los demás cristianos acerca de la eclesiología de los católicos. Si los Padres conciliares no aceptaron la fórmula que se les proponía a saber: el Cuerpo místico es la Iglesia Católica fue debido a que consideraron que esta

---

<sup>10</sup> *L'Institution et l'Événement*, Ed. Delachaux et Nestlé, Neuchâtel 1950



identificación sin matices no expresaba íntegramente el misterio de la Iglesia.

Es también digna de tenerse en cuenta la razón que se adujo para este cambio. "El informe oficial dice que se dio lugar al cambio porque en las demás Iglesias cristianas se encuentran también elementos constitutivos de la Iglesia. Por lo demás, debe observarse que en diferentes ocasiones el Concilio habla de "Iglesias" cristianas o de "comunidades eclesiales", en el sentido teológico de estas expresiones. En las perspectivas que dejamos señaladas, podemos por tanto decir con J. Hoffmann:

"Creemos que la Iglesia Católica es la Iglesia donde permanece plenamente la única Iglesia de Cristo y que la realidad propia del misterio eucarístico se da en ella con plenitud. Pero no es menos cierto que hay distancia -en tensión dinámica- entre la plenitud de medios de salvación, que creemos se dan en la Iglesia Católica, y su concreta realización histórica; entre la plenitud del don eucarístico y su actualización en la fe y en la caridad de los creyentes".<sup>11</sup>

Para llegar a un buen entendimiento con nuestros hermanos separados, es indispensable que ellos sepan cómo concibe la Iglesia de Roma su propia identidad.

La seguridad de permanecer esencialmente fiel a la Iglesia querida por Jesucristo, de ninguna manera impide proseguir la búsqueda de los medios para restaurar la unidad visible con las otras comunidades cristianas, en inserción real aunque imperfecta en lo que consideramos el tronco del árbol plantado por el Señor, "junto a corrientes de agua, que da a su tiempo el fruto", y "jamás se amustia su follaje" (*Salmo 1*), a pesar de la debilidad y la miseria de los hombres que tan mal han correspondido, en el curso de la historia, al don de Dios que se les había confiado.

En otras palabras, indudablemente más simples, podemos concluir que: por razón de los muchos bienes eclesiales que ya poseen en común - como el Bautismo, el Evangelio, los dones del Espíritu, etc.- todas las Iglesias cristianas, comprendida la Iglesia Católica Romana, viven desde ahora en una comunión real aunque imperfecta. Todos los esfuerzos del movimiento ecuménico tienden a conseguir que esta unión real sea cada vez menos imperfecta a fin de que llegue el día en que, habiéndose alcanzado las condiciones suficientes para la unidad esencial de fe y de constitución, todos puedan celebrar juntos la restauración de la unidad y vivir fraternalmente en la Iglesia una y única de Jesucristo.<sup>12</sup>

---

<sup>11</sup> J. HOFFMANN, Revista "Unité Chrétienne", Febrero 1977, p. 63.

<sup>12</sup> Se puede leer con gran interés el artículo del P. LANNE. O.S.B. Consultor del Secretariado para la Unidad de los Cristianos: *Le Mystère de l'Eglise et de son unité*, en "Irenikon—, 1973, n" 3.